CAPÍTULO XXXVIII. *Que los de Tlaxcalla determinan de ayudar a Cortés en la jornada de Mexico; y que Diego de Ordás reconoció el volcán de Tlaxcalla, cosa para los indios muy admirable; y se nombran los capitanes tlaxcaltecas que acompañan a Cortés*

PARECIENDO PUES A FERNANDO CORTÉS que tenía bien asentada su amistad con los tlaxcaltecas puso en plátiça la jornada de Mexico; y aunque le representaban las grandes fuerzas de Motecuhzuma, la fortaleza de la ciudad, el peligro en que se ponía, metiéndose entre los culhuas, que decían que eran mudables y de poca fe y muchos, al fin por complacerle, vinieron en todo y propusieron de ayudarle si quisiese hacer guerra y no queriendo más de visitar a Motecuhzuma (como decían) acompañarle; y entendieron luego en nombrar capitanes, levantar gente y hacer provisión de bastimentos. Sabida por toda la tierra la confederación de los castellanos y tlaxcaltecas puso terrible espanto y más a Motecuhzuma, que todavía estaba en el propósito de impedir a Cortés el viaje de Mexico, aunque por sacarle de entre los tlaxcaltecas se le ofrecía de su parte que pasase a Cholulla, adonde sería más regalado. Los tlaxcaltecas lo contradecían y con mayor vehemencia ofrecían para su acompañamiento cincuenta mil soldados para los cholultecas, aunque en mucho tiempo habían tenido paz con ellos porque sobornados de Motecuhzuma estando para dar una batalla a los mexicanos adonde iban los tlaxcaltecas de vanguardia y comenzando a pelear los cholultecas les dieron por las espaldas y mataron muchos; desde entonces quedaron enemigos. Advertían los tlaxcaltecas a Cortés que mirasen qué decían los de Cholulla, que no le temían porque el poder de su ídolo Quetzalcohuatl era tan grande, que los acabaría con rayos de el cielo y anegaría con aguas y que fuesen los tlaxcaltecas con los castellanos, a los cuales como viles y mujeres en poco tiempo se habían rendido sometiéndose a gentes extrañas, por lo cual eran merecedores de gran castigo; y que de ¿dónde habían llevado aquellos hombres alquilados, perdiendo la inmortal fama de descendientes de aquellos ilustres chichimecas, primeros pobladores de sus tierras? Que fuesen, que como locos y desvanecidos verían el castigo tan merecido que sobre ellos hacía su dios Quetzalcohuatl, porque en ellos emplearía su poder, pues que habían de salir arroyos de agua de los templos, que habían de acabarlos juntamente con los castellanos; y los tlaxcaltecas no estaban poco miedosos, pensando que así había de suceder.

Fueron nombrados por capitanes para el acompañamiento de Fernando Cortés, de la cabecera de Ocotelulco, nueve hijos de señores, cuya divisa era un pájaro verde sobre un peñasco. De las otras cabeceras salieron trece capitanes, y eran las armas de la cabecera de Quiahuiztlan un penacho de plumas verdes, a manera de sombrajo y medio mosqueador. La divisa de la

cabecera de Tizatla era una garza blanca sobre un peñasco. Y el barrio o cabecera de Tepeticpac llevaba un lobo muy feroz sobre unas peñas, con arco y flechas en la mano. Los nombres de los más principales capitanes que salieron para esta jornada son Piltecuhtli, Acxotecatl, señor de Atlihuetza (que después de cristiano mató a su hijo Cristóbal, por la cual muerte fue ahorcado como decimos en otro lugar), Tecpanecatl, Calmecahua, Cocomitecuhtli, Quauhtotoa, Teotlipil. Estos capitanes con todos los demás también usaban sus armas y divisas y todos iban a su usanza, galanes y empenachados. Y sería por el gran miedo que los tlaxcaltecas tenían a los de Cholulla, porque era un gran santuario y ciudad de gran devoción entre ellos. No hay duda sino que su respeto era grandísimo y que de aquella jornada dudaban mucho. Fernando Cortés, con consejo de los señores de las cuatro cabeceras, envió a llamar a los que en Cholulla tenían el gobierno. Los mensajeros tlaxcaltecas dijeron que fuesen al llamamiento de Fernando Cortés, porque de otra manera con los tiros de fuego, con los animales fieros y armas blancas y espantosas y con los leones bravos (que así llamaban a los perros) serían destruidos. Los cholultecas por una parte se excusaban con decir que estaban enfermos y por otra desollaron la cara a Patlahuatzin, caballero principal y las manos hasta los codos y se las cortaron por las muñecas, de que murió (como Camargo en su *Historia de Tlaxcalla* lo testifica) y que hoy día los tlaxcaltecas celebran esta memoria en sus cantares, diciendo que era este caballero el principal a quien fue cometida esta embajada y otros dicen que en su compañía fue Gerónimo de Aguilar a poner en razón a los de Cholulla, los cuales por otra parte acudieron a Cortés, mostrando de obedecer. Esta crueldad sintieron mucho los de Tlaxcalla y la tuvieron por gran afrenta, y con gran instancia pidieron a Fernando Cortés que les diese lugar para vengarla; pero prometiéndoles de hacerlo él, y con otras buenas razones que les dijo, se consolaron y sosegaron. Y los cholultecas que acudieron a Cortés fueron tres del consejo, a los cuales los otros tres enjaularon porque aconsejaban el amistad y confederación con los castellanos, y habiéndose soltado de la jaula con el ayuda de amigos se fueron a Fernando Cortés.

A ocho leguas de la ciudad de Tlaxcalla está el monte llamado Popocatepec, cuyo cumbre siempre humeaba, y mientras los castellanos estuvieron en Tlaxcalla y aún después echó más fuego de lo que solía, con gran admiración de los naturales. Tomó gana a Diego de Ordás de ver aquella maravilla, porque hasta entonces era cosa nueva para los castellanos y los indios decían que nunca pies humanos habían hollado aquella cumbre. Fernando Cortés, para dar a entender a los indios que lo que a ellos era dificultoso estimaban en menos los castellanos, holgó que Diego de Ordás hiciese esta jornada. Llevó algunos castellanos y algunos indios por guías, los cuales se quedaron a cierto trecho y caminando adelante Diego de Ordás llegaron a oír el temeroso ruido que dentro había y el temblor de la tierra y ya alcanzaban las llamaradas y piedras que el volcán echaba con mucha ceniza que impedía el camino; y porque estas cosas atribularon a algunos y el cansancio de la subida era ya grande se quisieron volver; pero diciéndoles

Diego de Ordás ser cosa vergonzosa de hombres castellanos no acabar lo que una vez habían comenzado, aunque fuese con la muerte, animosamente pasaron adelante y se metieron por la ceniza y llegando al fin, a lo más alto, por debajo de un espeso humo, miraron por un rato la boca que les pareció redonda y más de cuarto de legua de circuito, con una profunda concavidad y que dentro hervía el fuego como horno de vidrio. Descubríase desde aquella altura la gran ciudad de Mexico puesta en la laguna y los otros grandes pueblos de su comarca. Y no pudiéndose detener por el calor se volvió por las mismas pisadas por no perder el rastro. Otra vez reconoció este volcán Andrés de Tapia y después Montaño y Mesa, como se dirá en su lugar. Los indios, espantados que hombres humanos tal hubiesen hecho, les besaban la ropa porque creían que era aquella una boca de infierno adonde los señores que tiranizaban iban a purgar sus pecados y después a tierra de descanso. Llamaron los castellanos volcán a este monte o sierra, porque parecía el Mongibelo de Sicilia. Es tan alto que parece de muchas leguas y jamás le falta nieve y en su comarca está la tierra más poblada y fértil de Nueva España. El más cercano pueblo es Calpa y no Huexotzinco como dice Herrera, aunque también está cerca de él, porque no está más de una legua adelante de este dicho, en las faldas de la Sierra Nevada, como en su lugar decimos.

CAPÍTULO XXXIX. *Que Fernando Cortés salió de Tlaxcalla y entró en Cholulla, y lo que allí le sucedió*

IÉNDOSE FERNANDO CORTÉS solicitado de los embajadores de Motecuhzuma para salir de Tlaxcalla y que siempre porfiaban de ponerle en sospechas de aquella nación, por quitarla del temor grande que tenía de los dioses de Cholulla, habiendo estado veinte días en aquella ciudad hallándose bien informado de lo que era la de Mexico, de su sitio, de las fuerzas de Motecuhzuma y su imperio, acordó de pasar a Cholulla, dejando hecha amistad entre los de Tlaxcalla y Huexotzinco, con restitución de lo que unos a los otros en la guerra se había tomado. Salió acompañado de cien mil hombres y sentían mucho que Cortés emprendiese aquel viaje, porque unos le tenían por perdido y otros confiaban de su valor esperando que con él salvaría el peligro. La gente menuda que salió a ver partir los castellanos era infinita; y estando los campos llenos de niños y mujeres no hartándose de mirar aquella gente, espantados del atrevimiento de ir a Mexico, cosa para ellos tan nueva, decían: vuestro gran Dios os defienda y dé victoria contra aquellos enemigos nuestros. Otros: bien es que aquel malo de Motecuhzuma pruebe vuestro esfuerzo. Pero lo que más los tenía pasmados era el poco número de los castellanos. Fueron con ellos mercaderes para rescatar ropa y sal. Los de Cholulla con el protesto que les hizo Gerónimo de Aguilar de que Fernando Cortés les haría la guerra si no iban